



PRESO EN EL OLVIDO: EL PANÓPTICO DE IBAGUÉ

Omar Rivera

En América Latina sólo se encuentran cinco estructuras de este tipo, una en la ciudad de Quito, otra en México, la antigua Cárcel de Caseros en Argentina, el panóptico que hoy por hoy es el Museo Nacional y está en Bogotá y, por supuesto, la de Ibagué. El caso es que los cuatro primeros aparecen en el famoso portal de Wikipedia, y el Panóptico de Ibagué, ni en las curvas.

Era el último cigarrillo de la noche -o eso creía-, esperaba a que Oriana apareciera en algún rincón del parque Ducuara de la Universidad del Tolima. Tres cigarrillos seguidos habían hecho que mi garganta comenzara a carraspear, estaba sentado sobre el muro de siempre, con los compañeros de siempre, esperando. Tres minutos después alcancé a ver a Oriana cerca de donde se compra el café, me le acerqué, recogió una aromática, y nos fuimos para un pequeño rincón del parque.

El Parque Ducuara a esa hora es fresco, en algunos pueblos cercanos, a la misma hora, hace un bochorno tremendo, pero Ibagué colinda con monumentales montañas y es el inicio de lo que es considerado como Valle del Magdalena, eso hacía que fuese agradable estar ahí, justo en ese momento.

Habíamos tenido la oportunidad de hablar antes, recordaba de niña su visita al Panóptico de Ibagué, una visita normal, ni fugaz ni completa. Mientras la escuchaba, imaginaba sus

pequeños pasos sobre un piso helado de cemento brillante, fantaseaba desde sus pequeños ojos abiertos, atentos a lo que pudiese ocurrir adentro. Una requisita mordaz, palabras de cárcel *sig, rápido, muévase, qué espera, salga, qué lleva ahí.*

Llevaba días subiendo al centro de la ciudad sólo para pararme frente a lo que es hoy el viejo Panóptico, miraba hacia el fondo y encontraba un recinto rodeado por largas y anchas lonas verdes que por encima dejan asomar el techo de lo que fue, o es, el centro de la cruz, como si desde allá arriba, el Panóptico asomara la cabeza intentando mirar hacia afuera, pidiendo auxilio, salvaguardando la esperanza de que llegaran de nuevo aquellos reos que lo mantenían artero. Durante algunas visitas, me encontraba con un edificio que huele a tierra, a ladrillos, a polvo, a humedad, que huele a lo que olieron las manos de quienes durmieron en él, huele a los que fueron inocentes y a la sangre de los que no. Me encontraba con un Panóptico que olía a siglos.

El Panóptico estuvo siempre atento al crecimiento de Ibagué, como un personaje más, como un habitante más, siempre estuvo ahí, detenido sobre la calle diez, al borde de la octava.

Recuerdo la primera vez que vi el Panóptico, estaba de visita en Ibagué y caminando observé -ahora entiendo que no se dice caminar, sino andar- un predio abandonado, no pensé que

fuese algo importante, asumí que sería una vieja casa, o algún edificio en construcción, fácilmente lo olvidé hasta que visité el Museo Nacional de Bogotá, sólo en ése momento comprendí la importancia que tiene esta estructura, y también, el abandono por el que está.

La construcción inició a finales del siglo XVIII por el arquitecto inglés Mirtiliano Sicard, aunque la idea de panóptico proviene de William Blackburn. El Panóptico de Ibagué fue ideado como una cárcel para el antiguo Estado Soberano del Tolima –importante también por su antigüedad-, de ahí que tenga una forma en cruz griega y en el centro una torre de vigilancia desde donde se pueden observar todas las salas de reclusión. Cada celda está frente a la otra, como si se quisiera que los presos se miraran de frente ante la vida.

Se supone que hasta aquí habían llegado algunos presos de lo que pudo ser la primera insurrección armada de izquierda en América Latina, especialmente en el municipio del Líbano (Tolima) en los años treinta. Del comportamiento de los presos de aquél entonces con los revolucionarios se recuerda:

Cuando llegó al Panóptico el grupo en el cual iba Yesid Valencia (el baquiano que había acompañado a Narváez al reconocimiento del terreno en los días precedentes a la insurrección) los presos, que se encontraban almorzando, tuvieron un gesto también inesperado, le ofrecieron su plato a los que llegaban. *Los Bolcheviques del Líbano (Tolima)* de Gonzalo Sánchez Gómez.

Encontrar información sobre el Panóptico en los archivos del Estado es relativamente fácil, pero son siempre, en su mayoría, estados

económicos de las mutilaciones que se le hicieron a la estructura, es decir, lo que hoy vemos como Panóptico, no es el mismo Panóptico levantado a finales del siglo XVIII ya que muchas modificaciones fueron hechas sin ningún estudio, la morfología se fue perdiendo poco a poco entre ladrillo, cemento y espátula.

Mientras seguía escuchando a Oriana, hacía cortas pausas para preguntarle por pequeños detalles, el color de las paredes, los olores, los presos, los sonidos, la jerga, no podía evitar pensar en lo que tal vez ignorábamos durante la conversación: lo que pensó y escribió Manuel Quintín Lamen desde una de esas celdas frías y secas.

Porque saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender, porque una escuela es fragua que forma espíritus para Dios y para la sociedad... Si mis padres... me hubieran mandado a la escuela siquiera un mes, mis pensamientos no estarían eclipsados... Al entonces Presidente de la República, agosto 6 de 1928.

La conversación con Oriana terminó pronto, duró poco menos de lo que esperaba –ya me había advertido de los pocos recuerdos- y salí del Ducuara con otro cigarrillo en la boca, sin importar la garganta seca y la voz escondida. Al llegar a mi casa, después de leer un documento sobre la revuelta nacional del 9 de abril del 48 por el asesinato de Gaitán (suceso que también marcó al Panóptico) intenté ponerme en el lugar de la cárcel, intenté cerrar los ojos y sentir de cerca la turba que ingresó y liberó a los presos, quería notar el mitin que luego asesinó al director en uno de esos cuartos que más que celdas, parecen dormitorios en forma de cajita de fósforos. Me fue difícil, lo acepto, pero no imposible. Olvidamos que una chirona, en su

modo, ha hecho historia. Olvidamos a la antigua cárcel distrital.

En el 2003, el Panóptico se entrega por parte del INPEC a la Gobernación del Tolima culminando con su vida de reclusorio, dejó vacía la Cafetería El Perro, La Chamber y El Parche, los reclusos del patio 1 que fueron trasladados, abandonaron a sus antiguos compañeros, dibujos como el de un hombre de camuflado encapuchado con las siglas de AUC, algunos del Ché Guevara y los árboles de navidad pintados a la entrada de algunas celdas - en el mismo patio- para recordar la época de navidad. Después de eso, el Panóptico fue cerrado por remodelación para el futuro Museo Panóptico de Ibagué que en el segundo piso alojaría un Centro de Derechos Humanos, se convertiría -igual que el Museo Nacional en Bogotá- en un centro cultural de la ciudad, pero, hasta el sol de hoy, el Panóptico sigue cerrado.

Habría que ver al Panóptico en su época de gloria, funcionando, reteniendo, alguno que otro recluso intercambiando objetos, comercializando armas, o drogas, algunos más modernos vendiendo minutos, otros más viejos leyendo prensa, algunos a principio de siglo

escribiendo cartas, una para la familia, otra a algún viejo amor. Habría que estar ahí, en el tiempo, acostado, como un recluso más, esperando la libertad o la muerte para presenciar un motín, o la llegada de un compañero de celda. O simplemente, estar afuera, viendo al Panóptico de Ibagué, retenido en la jaula del tiempo, convertido -lo sabe él- en un recluso más.

Son las tres de la mañana, y pienso en lo que puede ver Oriana si volviese a entrar al Panóptico, que se viese de cuatro, cinco, o seis años, caminando por el mismo corredor donde algún guardia la requisó, sentada en el mismo cuarto donde pudo ver a su mamá, hace años, hablando con un hombre que no pudo pertenecer a ese recinto, en el mismo piso, sobre la misma mesa.